

# ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO III. — NÚM. 134

Madrid, 17 de Agosto de 1922

PRECIO: 15 CÉNTS.

## EL MAR



LUCHANDO CON LAS OLAS

LA inmensa extensión de agua salada que ocupa el 74 por 100 de la superficie de nuestro planeta, y que llamamos mar, es, sin duda, una de las obras de la Naturaleza más imponentes, si no es la más grandiosa. Ejerce un atractivo irresistible, principalmente sobre los que están familiarizados con él por haberse criado junto a sus playas, y todos los años acuden miles y miles de visitantes a los balnearios, no sólo en busca de la salud quebrantada, que esperan recobrar por la brisa de mar impregnada de saludables sustancias, y por el efecto de las aguas, sino atraídos por el espectáculo siempre bello y siempre imponente del mar en calma o del mar embravecido con las crestas espumosas de sus ondas y con el perpetuo movimiento de las olas en el flujo y reflujo que, motivado por la atracción de la luna, se repite cada seis horas con pocos minutos de diferencia.

Recostado en la arena de la playa, se

pasan horas y horas observando el movimiento continuo: cómo las olas se acercan cada vez más, hasta retroceder deshechas ante la resistencia pasiva de la menuda arena, o cómo se estrellan contra el peñasco, convirtiéndose en blanca espuma que pugna por superar las más altas cimas. Levantando la vista a la inmensa llanura coronada por copos blancos, que termina más allá del horizonte, de vez en cuando se ve pasar un barco que lleva sus mercancías y sus pasajeros a lejanas tierras, o se contempla un vaporcito que, contra viento y marea, pugna por entrar en el puerto seguro. Las olas lo levantan como una cáscara de nuez, para sumergirlo al momento, como sepultándolo, hasta que vuelve a surgir, y cuando entra en las aguas tranquilas del puerto, el corazón oprimido se ensancha y la respiración, involuntariamente retenida, se restablece con un profundo suspiro. O vamos al faro en noche oscura y tormentosa y contemplamos

cómo vuelven los barcos pesqueros de su duro trabajo; las mujeres espiando el barco del marido, del hijo, del novio. ¡Qué zozobras hasta que el barco llega, o no llega!

Es interesante la playa, pero para conocer el mar es preciso embarcarse, adentrarse en él, experimentar lo que es «mar gruesa», lo que es una tormenta, un vendaval. Nunca como entonces se comprende la inmensa grandeza del mar y la infinita pequeñez del hombre. A veces parece un desierto estéril: no hay árboles, ni plantas, ni trigo; otras se adivina la inmensa riqueza que encierra, viendo acudir los delfines o los cachalotes en «escuelas» rodeando el barco. Se queda uno absorto al pensar en la profundidad del mar, que si en el Mediterráneo no pasa de 3.000 metros, en otros lugares llega a 14.000. Lo inmenso, lo infinito, tiene una expresión adecuada en el mar. Ya lo comprendió así el salmista, cuando exclama:



## SUMARIO

El mar (Teodoro Fliedner). — En Él sólo. — Valor de la estética. — La cuestión religiosa vista por un aristócrata español (Adolfo Araujo). — El celibato eclesiástico. — Reglas para el crecimiento espiritual. De actualidad. — Información Evangélica. — Noticias del Extranjero. — La fe de un herrero, novela, por José Moreno. — Esfuerzo Cristiano. — Escuela Dominical. — Anuncios.

¡Cuán muchas son tus obras, oh Dios!  
Hiciste todas ellas con sabiduría;  
la tierra está llena de tus beneficios.

Asimismo esta gran mar y ancha de tér-  
[minos;  
en ella pescados sin número,  
animales pequeños y grandes.

Allí andan navíos;  
el monstruo marino que hiciste para que ju-  
[gase en ella.

Todos ellos esperan en Ti,  
para que les des su comida en su tiempo.

Los escritores del Antiguo Testamento muchas veces hablan del mar, cuando quieren hacer comprender la omnipotencia, la omnipresencia o la sabiduría de Dios. Dice Job, por ejemplo: «¿Alcanzarás tú el rastro de Dios? Su dimensión (de la sabiduría de Dios) es más larga que la tierra y más ancha que la mar.» Dios dice a Job: «¿Quién encerró con puertas la mar, cuando se derramaba por fuera, como saliendo de madre? ¿Has entrado tú hasta los profundos de la mar, y has andado escudriñando el abismo?» Dios «junta como en un montón las aguas de la mar; Él pone como en depósito los abismos».

Frente a la grandeza del mar en tempestad «el Eterno en las alturas es más poderoso que el estruendo de las muchas aguas, más que las recias ondas de la mar». «Dios amansa el estruendo de los mares, el estruendo de sus ondas y el alboroto de las gentes.» Parece que las gentes son peores aun que el mar. En la profecía de Jeremías (V, 22) Dios increpa a su pueblo: «¿A mí no temeréis, dice el Eterno; no os amedrentaréis a mi presencia, que al mar por ordenación eterna, la cual no quebrantaré, puse arena por término? Se levantarán tempestades, mas no prevalecerán; bramarán sus ondas, mas no lo pasarán. Empero este pueblo tiene corazón falso y rebelde, tornáronse y fuerónse.»

La segunda parte de la profecía de Isaías, desde el capítulo XL al LXVI está dividida en tres partes, que terminan con los capítulos XLVIII, LVII y LXVI respectivamente, cada vez con un anuncio de castigo para los impíos, y en uno de estos párrafos son comparados a la «mar en tempestad, que no puede estarse quieta y sus aguas arrojan cieno y lodo. No hay

paz, dijo mi Dios, para los impíos». En cambio Miqueas habla de la misericordia de Dios (VII, 19) «Él sujetará nuestras iniquidades y echará en los profundos de la mar todos nuestros pecados.» Judas, en su epístola, refiriéndose sin duda al pasaje de Isaías, dice que los «impíos que niegan que Dios sólo es el que tiene dominio y a nuestro Señor Jesucristo, son fieras ondas de la mar que espuman sus mismas abominaciones».

Con estas citas basta para dar una idea de los diferentes aspectos en que el mar es considerado por los autores sagrados; a la mente del lector acudirán otras muchas y nuestro objeto no es otro que animarle a buscarlas. No podemos terminar, sin embargo, sin acordarnos de las innumerables víctimas que todos los años el mar sepulta en su seno, dedicando un pensamiento a los naufragos y recordando una poesía que Federico Fliedner tradujo del inglés, y que en muchos puertos de mar se canta por los marineros que acuden a las misiones españolas de marineros, como por ejemplo en Liverpool. Creemos que nuestros lectores nos agradecerán su reproducción. Es como sigue:

Potente Dios, fuerte a salvar,  
tu mano crió el inmenso mar;  
también sus términos le dió,  
los que el Océano guardó.  
Escúchanos, Dios, al orar  
por los expuestos en el mar.

¡Oh Cristo! Tu potente voz  
calmó la tempestad feroz;  
paseaste en el profundo mar,  
dormiste quieto en su bramar.  
Escúchanos, Dios, al orar  
por los expuestos en el mar.

¡Oh Santo Espíritu! que dió  
al caos vida, y se movió  
de rudas aguas por la faz,  
trocando confusión en paz.  
Escúchanos, Dios, al orar  
por los expuestos en el mar.

¡Oh Trinidad de fuerza y amor!  
Guarda a tus hijos de temor,  
de rocas, fuego, tempestad,  
del enemigo, en gran bondad.  
Por ello, a Ti se han de elevar  
himnos de loor de tierra y mar.

Así sea, y que pronto venga el tiempo  
en que la tierra esté llena del conoci-  
miento de Dios, como las aguas cubren  
la faz de la mar.

TEODORO FLIEDNER.

No hay manera de mejorar las almas  
si no se las liberta. — Guizot.

Para mejorarte, regenerate cada día,  
regenerate, regenerate. — Tchin-Tang

## ¡EN ÉL SÓLO!

«Si alzares tu pico sobre  
él, lo profanarás. — Exodo,  
20-26.

El altar de Dios debía ser edificado con piedras sin labrar, para que no se viera en él señal alguna de destreza humana.

La sabiduría humana se complace en adornar y arreglar las enseñanzas de la Cruz, haciendo un sistema más artificial y que congenie más con los gustos depravados de la naturaleza caída; sin embargo, en vez de mejorar el Evangelio, la sabiduría carnal lo profana, hasta que resulta «otro Evangelio» y deja de ser en absoluto la verdad de Dios. Todas las alteraciones y enmiendas a la Palabra de Dios, son profanaciones y contaminaciones.

El soberbio corazón del hombre tiene mucho interés en contribuir por su cuenta a la justificación del alma ante Dios; se sueña en preparativos para recibir a Cristo; se confía en humillaciones y arrepentimientos; se hace alarde de buenas obras; se presume con las facultades naturales, y por todos los medios se procura alzar instrumentos humanos sobre el altar divino.

Sería conveniente que los pecadores recordaran que, lejos de perfeccionar la obra del Salvador, su confianza carnal sólo la macula y deshonor. Únicamente al Señor debe ensalzarse en la obra de la redención y no se tolerará la más leve señal del buril o del martillo del hombre sobre este altar.

Existe una blasfemia en el hecho de procurar añadir algo a lo que Cristo Jesús, en el momento de su muerte, declaró consumado, o de querer mejorar aquello en que el Señor Eterno encuentra satisfacción perfecta.

¡Oh, pecador que tiembles! ¡Arroja tus herramientas y cae de rodillas en humilde súplica y acepta al Señor Jesús como el altar de tu reconciliación y descansa confiado en Él sólo!

## VALOR DE LA ESTÉTICA

Durante la guerra el lema era: «Arrancad las flores y sembrad hortalizas. Sacad el rosal y sembrad patatas.» Pero algunos se preguntaban entonces: «¿Vale la pena el sacrificio hecho?» El Sr. Drummond dice: «La belleza física hace belleza moral. Aunque sólo sea un poco de belleza en una habitación, en una calle y aun en la aldaba de la puerta, es una fuerza espiritual. Pregúntese a la esposa del trabajador y ella os dirá que hay un efecto moral hasta en un mantel limpio.»

Verdaderamente, la trascendencia y la fuerza de la belleza no pueden ser mayores, pero no olvidemos nunca que la bondad es la más atractiva e inmarcesible de las bellezas. Lo bello no siempre es bueno, pero lo bueno es siempre bello.

Suscribase a ESPAÑA EVANGÉLICA



## LA CUESTIÓN RELIGIOSA VISTA POR UN ARISTÓCRATA ESPAÑOL

Más comentarios al libro  
*El Crimen Político*, escrito  
por D. Pedro Pidal, marqués  
de Villaviciosa de Asturias.

EL acierto fundamental de nuestro aristócrata es haber reconocido a la religión y a la educación la influencia predominante que en realidad tienen sobre el carácter y destino de un pueblo. Es más de apreciar este acierto cuando vemos otras inteligencias esclarecidas atribuir excesiva importancia a factores influyentes, sí, pero no tanto como los mencionados. Nuestro objeto es seguir al Sr. Pidal, especialmente en sus observaciones acerca del factor religioso.

**Los dos catolicismos.** — La obra abunda en párrafos y frases que tienden a fijar en la mente del lector la distinción a que el autor ha llegado con el auxilio de notables escritores extranjeros, entre el espíritu que informa el Catolicismo romano y el espíritu que informa las Iglesias protestantes. El contraste, en lo fundamental, está bien visto, y ojalá la inmensa mayoría de nuestras compatriotas llegaran a percibirlo tan claramente. Este puede ser uno de los grandes servicios de la obra de Pedro Pidal.

«En realidad — nos dice — no hay más que dos religiones o catolicismos: el Romano y el Racional, el autoritario y el liberal vidente, el ajeno y el propio, el externo y el interno, el objetivo y el subjetivo, el que llega de afuera y el que brota de adentro, el que se llama corrientemente *Católico* a secas y el que se llama comúnmente *Protestante*, sin más.»

En otro lugar usa la palabra *Cristianismo*. «De modo — dice — que hay dos Cristianismos: el Cristianismo externo, objetivo, material, concreto, de los *ídolos*, de lo sobrenatural o extraordinario, y el Cristianismo interno, subjetivo, espiritual, abstracto, de las *ideas*, de lo natural u ordinario: el Cristianismo del *Padre Santo* y el Cristianismo del *Padre Nuestro*».

**Puntualicemos.** — Hay aquí palabras que pueden inducir a error si se toman en su sentido absoluto. No se trata de que el primero de estos dos Cristianismos se caracterice por reconocer una realidad sobrenatural, algo que, en efecto, ocurrió en esta tierra para nuestra salvación; algo que puede expresarse, aunque con deficiencias, en lenguaje humano, y en cambio el segundo sea un mero producto de nuestro pensar y nuestro sentir, algo que no se funda sobre realidades, ni depende de esos hechos concretos pero trascendentes que constituyen la obra redentora de Cristo. La realidad, lo sobrenatural, lo objetivo, está aún mejor reconocido en este segundo Cristianismo *espiritual* que en el primero *material*. La verdadera distinción entre ambos procede de la diversa actitud que el hombre toma en el uno y

en el otro. ¿Trata el hombre las realidades cristianas como cosas externas a él, materiales, envueltas en un sobrenaturalismo ajeno del todo a su ser, de modo que ni él entrará jamás en esas realidades ni ellas en él? Entonces es un adepto del primero de estos Cristianismos. Por el contrario, ¿acepta el hombre esas realidades en todo su valor sustantivo? ¿Entra cordialmente en el propósito divino que las originó y las hace cosa suya, interna, espiritual? ¿Ve en ellas más que sucesos temporales acontecimientos eternos? ¿Vislumbra que lo «sobrenatural» para la humana razón es lo «natural» para Dios? Entonces ha llegado, no a un Cristianismo que necesita una Cabeza visible en la tierra, un «Padre Santo que está en Roma», sino al segundo Cristianismo que describe nuestro autor, al «Cristianismo del Padre Nuestro que está en los cielos».

Queremos creer que ésta ha sido la idea del marqués de Villaviciosa de Asturias. Y es la gloria de las Iglesias de la Reforma, que, a pesar de todas sus deficiencias en lo que tienen de organizaciones humanas, pueden, casi en globo, ser identificadas, como lo hace nuestro autor repetidas veces, con este Cristianismo del Padre Nuestro que está en los cielos, y son sustancialmente una entidad espiritual que anda por fe y no por vista, que obedece al Cristo del cielo y no a una jerarquía de hombres en la tierra.

**Cuestiones doctrinales. La infalibilidad papal.** — Aun para Pedro Pidal, que presenta el Romanismo y el Protestantismo como dos aspectos del sistema cristiano, resulta claro que algunas a lo menos de las doctrinas características de Roma son no un desarrollo sino una perversión del Evangelio. Sólo una evolución anormal ha podido desembocar en ellas.

Tal ocurre con la infalibilidad papal que nuestro autor llama «la desinfalibilidad de los españoles, la depresión de los mismos». Él no encuentra necesaria esta doctrina que tanto atrae y sugestiona a todos aquellos espíritus mecánicos y rutinarios que jamás han querido molestarse en pensar por sí mismos, ni aun sentir por sí mismos, en asuntos religiosos.

Dice Pidal: «¿Es que el Evangelio, delante del cual nos arrodillamos para jurar, no tiene virtud suficiente por sí solo para inspirarnos, y necesita Dios, Cristo y el hombre que sea el obispo de Roma el que diga: Yo defino; yo soy el único infalible; sin Mí Dios no es nadie, ni Cristo, ni hay Verdad, Bien y Belleza? Esta es la tesis romana, y cada cual puede opinar lo que quiera en la medida de su juicio.»

¿Qué opina Pidal mismo?

En otro lugar lo dice: «Los Evangelios tienen virtud suficiente por sí solos para inspirar y santificar sin los andadores de Roma.»

Hay, pues, un español, nacido y criado en el seno del Romanismo, del cual, al parecer, no quiere salir, y que, sin embargo, encuentra en el famoso y asendereado *libre examen* el ambiente natural de las relaciones del hombre con Dios y del Espíritu de Dios con el espíritu del hombre. El día que nuestros compatriotas unan esta idea a una sincera preocupación por las realidades de orden espiritual, se habrá dado un gran paso para la regeneración de España.

**La confesión auricular.** — He aquí cómo nuestro autor ve la realidad de España, perfecto país romanista, en este punto:

«Mucho confesarse o licencia para volver a pecar, con tal de haber prestado testimonios de subordinación al clero, y nos quedamos sin la *Santidad*».

No es que se practica mal el sistema, sino que el sistema mismo es equivocado.

«Las confesiones públicas son las verdaderas confesiones, las de la Iglesia de Roma en sus principios, las de Jesucristo. ¿Por qué vinieron las otras? ¡Porque una vez que ha gustado el hombre el papel divino de donador del reino de los cielos, lo ha encontrado tan estupendo que le cogió cariño, como es natural!»

Aún lo pone más claro:

«Confesarse con Dios, Padre Nuestro, es ir al infierno.»

«Confesarse con el vecino, Padre Santo, es ir al cielo.»

«Doctrina, ¡clarol, del vecino dominante y manejante.»

Pidal aborrece todos los monopolios y ve este monopolio del perdón el más dañino de todos. «El genio de la reacción mayor que hubo en el mundo fué el Padre Santo, que dijo que era el sucesor de San Pedro, a quien Jesucristo había dado las llaves de la puerta de los cielos para todos aquellos que se dejan ligar. *Lo que tú ates...* etc. Mas el Hijo (quiere decir el que se siente hijo de Dios) responde: Fué a todos los apóstoles o discípulos — versículo 18 del capítulo XVIII de San Mateo: *Todo lo que ligareis en la tierra será ligado en el cielo, y desatado lo que desatareis...*» «Y vuestro padre no llaméis a nadie en la tierra, porque uno es vuestro Padre, el cual está en los cielos, por lo cual resulta que el Hijo tiene el llavín de la casa paterna, como hijo de Dios y como discípulo de Cristo.»

Evidentemente, nuestro autor no ha llegado al fondo de este asunto, pues aún ejerce sobre él excesiva influencia la interpretación que Roma da a ciertos pasajes de la Escritura. Con todo, él arguye bien al decir que la dignidad de hijos a que Cristo nos ha elevado, no permite merma de nuestros privilegios por intermedio alguno. Si podemos abrir con el llavín de hijos, no habrá llave de iglesia alguna que pueda cerrar. Toda la misión de una Iglesia verdaderamente espiritual será mostrar a los hijos cuándo han perdido temporalmente el llavín; cuándo sus relaciones con el Padre no son las que deberían ser. Y para esto no es precisa la



confesión auricular, pues se lograba muchísimo mejor este fin cuando la confesión en esa forma no se practicaba, ni menos se exigía.

**El celibato eclesiástico forzoso.** — También sobre este punto, en que tanto extravío sufre la sentimentalidad religiosa española, tiene nuestro autor ideas independientes, que con valor expone.

Nada de celibato obligatorio. «El mal del clero en España, me atrevería a decir, todo el mal, viene del celibato, que trae como consecuencia natural el odio al orden natural, el odio a la Naturaleza.»

El orden natural no es para Pedro Pidal lo que es para otros pensadores de diversa tendencia: algo contrario a toda religiosidad. La Naturaleza es la obra de Dios. Como él mismo dice: «Si Dios está en el orden natural, que es el progreso, ¡déjate del exclusivismo de Roma, del inmovilismo para que se beneficien otros, de renunciar al Amor, a la Fecundidad, que es el Valer y el Valor de la vida! Y en otro lugar: «El Amor es la Vida. Negárselo al clero español es una crueldad en beneficio de Roma... ¡Qué les importa al Papa y al Nuncio el suelo de España, que haya o no árboles, que sea productivo o improductivo! ¡Qué le importa al Extranjero que el Español-clero sea feliz o desgraciado!»

Dejando aparte modos y formas de expresión, que después de todo nunca traspasan en nuestro autor ciertos límites, la tendencia no puede ser más sana. He aquí un hombre que aún milita en la Iglesia de Roma, un español por los cuatro costados, que vive en este ambiente tradicional, que no es sacerdote romano (a quien personalmente puede afectar la cuestión), sino seglar, y que desechando los prejuicios de muchas generaciones, ve claro en un asunto así y no se asusta del ridículo que siempre atemorizó a los convencidos de que el celibato forzoso del clero es una enormidad. Sabe dirigir su mirada por todo el mundo cristiano y está dispuesto a ver los frutos de moralidad y progreso que el *no celibato* de los pastores evangélicos ha producido. «Compara — dice al clero español — el progreso de los pueblos doctos, viriles, que están por encima de Roma, con el regreso o estancamiento, miseria, pobreza y esterilidad de los pueblos sometidos a la coyunda moral y material del *extranjero*...»

Y aún sabe dar nuestro autor el toque tierno, humano, maestro, a esta cuestión, presentándola en su relación con los más altos ideales. Dice: «El *renunciamento* es divino, es cierto. ¡Pero lo que sobran en la vida son ocasiones de renunciar, sobre todo siendo padre de familia!»

Preferimos subrayar lo que el marqués no subraya y hubiera subrayado si no fuese aristócrata y rico. Mayor mérito en él haber adivinado angustias que no ha podido experimentar.

Dejemos para el tercero y último artículo lo que aún nos queda por comentar en el libro.

ADOLFO ARAUJO.

## EL CELIBATO ECLESIASTICO

UN documento que ha aparecido recientemente en el periódico italiano *La Época*, que se le suponía suscrito por gran número de cardenales, obispos y otras dignidades de la Iglesia, y en el cual se pedía la abolición del celibato eclesiástico, ha reavivado de nuevo una controversia que es tan antigua como la misma Iglesia católica. Por de pronto, el Vaticano se ha adelantado a declarar que aunque recibiese tal solicitud la denegaría en redondo, como hizo recientemente con una petición semejante que le dirigió una parte del clero checo, cuya actitud ha concluido en cisma contra el celibato eclesiástico.

La cuestión del celibato — bien estudiada en el *Historical Sketch of Sacerdotal Celibacy*, de H. C. Lea — preocupó a la Iglesia de Roma durante siglos. Nada prescriben las Escrituras acerca del arduo asunto. San Pablo aboga por el celibato, pero no trata de convertirle en ley. He aquí sus palabras: «Mas esto digo por consejo, no por mandamiento. Quisiera más bien que todos los hombres fuesen como yo; empero cada uno tiene su propio don de Dios; uno a la verdad así y otro así. Digo, pues, a los solteros y a las viudas que bueno les es si se quedaren como yo. Y si no tienen don de continencia, cásense; que mejor es casarse que quemarse.» (1.<sup>a</sup> a los Corintios, VII, 6-9.) El Evangelio habla de la suegra de San Pedro, lo que indica que estuvo casado, y Eusebio y Clemente aseguran que su mujer sufrió martirio. Los mismos autores hablan de una hija de San Lucas. Orígenes, Tertuliano y San Ambrosio corroboran que los apóstoles estuvieron casados. En los primeros siglos de la Iglesia católica, el matrimonio entre sacerdotes y obispos fué regla corriente. Sólo algunos eremitas, como San Jerónimo, que no ejercían el sacerdocio, preconizaban el celibato, y tuvo que transcurrir mucho tiempo antes de hacerse ley eclesiástica. Ya en el año 325, en el Concilio de Nicea, se intentó establecer el celibato, pero en vano. Sólo en el Concilio de Trento, de 1563, se pudo lograr que el celibato quedase como rígida regla de la Iglesia, aunque sea discutible su carácter dogmático o condición de verdad revelada. Queda dicho que las Escrituras guardan sobre el particular un embarazoso silencio.

La Iglesia cismática griega no ha aceptado nunca el celibato, y la misma Roma tolera casarse al clero de la Iglesia griega ortodoxa, si bien prohíbe que un sacerdote casado pueda ser obispo. Tampoco las Iglesias reformadas están adscritas al celibato. Esta costumbre eclesiástica fué formándose en parte por influencia de algunos filósofos griegos, como Pitágoras, Zenón, fundador de la moral estoica, y Teofrasto, que tiene un libro destinado a probar que el matrimonio no es compati-

ble con la meditación filosófica, lo que acaso no sea del todo erróneo. En el celibato se vió primero una forma de pureza y concentración religiosa. Luego, con el correr de los siglos, fué una reacción, estimulada por el pueblo, contra costumbres licenciosas de la época. Colaboraron a difundir esta regla algunas individualidades eminentes, como Tertuliano y el ya mencionado San Ambrosio, con sus palabras elocuentes y fascinadoras, ya por horror al matrimonio en el primero, ya por amor a la soledad en el segundo; celibato quiere decir, etimológicamente, gusto del aislamiento.

¿Justifican las condiciones sociales de hoy la continuación del celibato en vigencia? El Vaticano opina que sí; por lo menos, no cree llegado aún el momento de abolirlo. Pero en el seno de la Iglesia no es todo conformidad, como lo indica ese documento publicado por *La Época*, de Roma. Y el cisma del clero checo es un serio aviso que debiera servir de punto de partida para pensar en posibilidades de transigencia y humanas reformas, pues decía Pafnucio, obispo de Tebaida, en el Concilio de Nicea, que «el matrimonio es un estado honroso entre todos y sin mancha el lecho nupcial, y que una excesiva severidad podría ser peligrosa para la Iglesia, porque no todo el mundo es capaz de una continencia tan perfecta...»

(De *El Sol*.)

### Reglas para el crecimiento espiritual.

1.<sup>a</sup> Leed la Biblia, estudiadla y orad, no meramente cada día, sino mucho y fervorosamente, porque estas tres cosas: oración, lectura y estudio bíblico, son para el alma lo que el aire para nuestros pulmones.

2.<sup>a</sup> Escuchad: Dios tiene mucho que decirnos, mucho que os hará más sabios; y con la sabiduría aumentada, se aumentará el poder. Seríamos más poderosos si observáramos mejor la hora tranquila de lectura bíblica, meditación y oración.

3.<sup>a</sup> Hace falta limpieza y poder espiritual. El cuchillo a veces es tan necesario para el desarrollo de la planta como el crecimiento. Tenemos que cortar de nosotros malos hábitos, malos pensamientos, malas compañías, etc.

4.<sup>a</sup> Ayudad a otros a crecer y os admiraréis de ver cuán fuertes y robustos llegáis a ser.

Cada vez que encaminéis a un extraviado hacia Dios, sentiréis que vuestros pies están más firmes en el buen camino; cada vez que ayudéis a levantar a un caído, os parecerán más ligeras vuestras cargas. Las manos perezosas son inútiles.



# DE ACTUALIDAD

## El eterno equivoco de nuestros liberales.

UN periódico de Madrid atribuye a don Melquiades Alvarez unas declaraciones veraniegas que deseáramos no resultasen auténticas.

Dice que ha dicho el insigne jefe reformista, a propósito del problema religioso en España, que no existe tal problema, que la iglesia católica «es consustancial a la nacionalidad española», y que los liberales de la conjunción no tienen por eso que afrontar dicha cuestión y si solamente oponerse a las injusticias y privilegios, «vengan de donde vengan».

Este es el resumen de las supuestas declaraciones reformistas que, repetimos, es de desear no resulten confirmadas; porque de ser ese el pensamiento del reformismo en el problema clerical, habría que calificarlo muy acremente, pues no hay derecho a pensar así ahora, cuando siempre ha pensado dicho partido de modo muy distinto, sin que abone el cambio de criterio la variación de circunstancias, por la sencilla razón de que no han variado en nada.

¿Que no existe ya en España el problema religioso? Será, sin duda, que el *leader* de los reformistas lo ve ya resuelto; porque antes, hasta hace muy pocos días, el reformismo lo tenía en cuenta, tan en cuenta, que precisamente al formarse la conjunción liberal se incluyó en su programa mínimo de coincidencia el punto concreto de la libertad de conciencia como postulado de ese partido, que se había de resolver mediante la revisión o reforma constitucional. ¿No es así?

Pues entonces, ¿a qué negar ahora el problema? ¿Qué ha sucedido en estos últimos tiempos para poder asegurar tan en redondo que no existe aquí problema religioso? Porque lo que se ve, lo que se palpa, lo que es la realidad más cierta, es que la reacción, hoy como nunca, impera y triunfa en toda línea.

Pero ya nos figuramos los escrúpulos de D. Melquiades, y por qué quiere hoy disimular sus convicciones. Sin duda, en sus andanzas por el Norte, le están atormentando los clericales, más o menos embozados, de sus huéspedes (que también los hay, como aquel célebre juez reformista que no quiso autorizar un matrimonio civil), haciéndole ver que su carácter de *heterodoxo*, como así se llamó y se llama todavía de cuando en cuando, le resta simpatías y apoyos, y que hay que soslayar o aplazar para mejor ocasión el peligroso asunto clerical. Es la cantinela de siempre en las filas de nuestros tímidos liberales. ¡No hay que asustar a la gente de iglesia! ¡No hay que tocar a la religión!

Pero, en fin, ya que tanto miedo muestra D. Melquiades al problema, lo cual,

por sí solo, prueba la poca confianza que tiene en sus propios ideales, por lo menos debería contenerse en el camino de las frases aduladoras para con el clericalismo.

Porque vamos, que salir ahora el representante de las fuerzas más izquierdistas de la izquierda liberal monárquica con eso de la *consustancialidad* de la iglesia católica con la formación de la nacionalidad española, es el colmo de la hipérbole y de la concesión gratuita.

Acaso en la mente del orador la frase no tendrá tanto alcance, pero esa frase o no dice nada o dice precisamente todo lo contrario de lo que pretende con justicia el verdadero creyente en la libertad de conciencia. Decir que el catolicismo romano es consustancial a la nación española, es decir que la nación no puede subsistir sin la iglesia romana, y si no puede subsistir sin ella no podrá tampoco limitar sus prerrogativas y privilegios; al contrario, deberá aumentarlos, pues cuanto más privilegiada y protegida esté dicha iglesia por el Estado, más y mejor subsistirá la nación que a su sombra se formó y de su sustancia vive, según la hipótesis de la consustancialidad.

Cabalmente, este es el argumento Aquiles del clericalismo español. España, se dice, no puede concebirse sin catolicismo; atacar a este, contrariarle, condicionarle en lo más mínimo en su posición privilegiada de Iglesia oficial, es atacar y perjudicar a la nacionalidad española en su propia esencia. Y en verdad que si se admite la premisa, si se concede en efecto, como ha concedido por lo visto D. Melquiades, que la Iglesia católica es consustancial a la nacionalidad española, no hay más remedio que admitir la consecuencia: la protección y favor sin límites a dicha iglesia. ¿Qué hijo, si se reconoce deudor de todo su ser al padre, le negará la obediencia incondicional?

Véase, pues, adónde conduce el extremar el léxico demasiado. No; hay que ser algo más precisos en el lenguaje. Que se diga que en España la Iglesia romana tiene más o menos mayoría y una raigambre más o menos real en las costumbres, en las instituciones, en el ambiente general, debido a los intereses creados, a la ignorancia y demás concausas que todos sabemos de memoria, pase; y que de ahí se deduzca que hay que andar en el problema clerical con tiento y con la debida prudencia para no herir legítimos derechos, conformes. Pero llegar al extremo de conceder la importancia de lo *esencial*, de lo consustancial a la Iglesia oficial en la vida española, es demasiado. Es, sencillamente, renunciar ya por anticipado a poner mano en el problema, puesto que por la misma fuerza de la lógica, se le opondrían los interesados a todo intento de reformas.

Todo esto, lo diremos otra vez, es efecto del eterno equivoco en que viven y se mueven nuestros liberales respecto al verdadero y real problema de la libertad de conciencia. Quieren siempre *nadar entre dos aguas*, ser equilibristas, contentar a los unos y a los otros. Ven en su propio espíritu que la libertad de conciencia es un derecho primordial, imprescriptible y de inaplazable reconocimiento; ven que es un postulado de todos los pueblos y de todos los individuos, y que ya está incorporado a todas las legislaciones de pueblos cultos; pero ven también, al propio tiempo, que la clerigalla y la beatería se les echa encima, y tiemblan y se dan a la tarea tonta de buscar un subterfugio, un recurso habilidoso, según se figuran; pero que en resumen de cuentas ni es hábil ni es recurso, pues a nadie contenta esa postura ambigua.

Aquí, desengáñense reformistas, liberales y demás políticos de la izquierda, la cuestión es clarísima, como todas las cuestiones de justicia y de derecho, y hay que ir a ella por el camino recto, sin titubeos ni vacilaciones.

La cuestión es esta: El catolicismo es, en España como en todas partes, una religión, una idea, y las demás instituciones políticas, sociales o religiosas, son una idea también *con los mismos derechos y deberes* ante el Estado, ante la ley, que la otra idea. Y por tanto, no cabe más que este dilema: o que el Estado declare, si se atreve, la sola legitimidad del catolicismo en España y la ilegitimidad de las demás ideas y religiones, o que declare terminantemente que todas las ideas y religiones, con mayoría o sin ella, con historia o sin historia, son igualmente respetables ante la ley y que tienen derechos todas a convivir dentro de la nación, sin faltarse a sus mutuos respetos. Ni más ni menos.

Todo lo que no sea plantear el asunto en estos sus naturalísimos términos es *andar por las ramas* y ganas de gastar el tiempo en divagaciones y programas... de verano que a nadie convencerán ni nada resolverán en definitiva.

Y el asunto hay que resolverlo y se resolverá, si Dios quiere, pronto y bien, atrévanse o no nuestros liberales, porque la justicia llega y se impone.

A. ARENALES.

## De martes a martes.

**Nuestro protectorado.** Seguimos protegiendo a los moros con nuestros cañones, buques y aeroplanos, y preparamos, para hacer más eficaz esta protección, hasta nubes de gases asfixiantes. Los moros, sin embargo, en vez de agradecer tanto sacrificio se apoderan de un convoy en Larache, bombardean el *Dédalo*, meten dos proyectiles en el *Alfonso XIII*, causan bajas en Alhucemas y asesinan a Lasquetty, jefe de la policía indígena. Está visto que son una raza desagradecida, y acaso lo mejor fuera retirarles nuestra protección y man-



darles, como castigo, un ejército de maestros, ingenieros, industriales y comerciantes, para que vieran lo que es bueno.

**La huelga de Correos.** El día 10 quedó resuelto el conflicto de Correos, gracias a la eficaz, aunque tardía, intervención del Sr. Sánchez Guerra y al buen sentido de los huelguistas. Estos han conseguido la promesa de que se atenderán casi todas sus peticiones. Antes se debían haber atendido, si eran justas. Lo demás es gana de molestar al público y de fomentar la indisciplina.

**La situación Internacional.** En Lisboa se ha declarado la huelga general, como protesta contra el precio del pan. Hubo atentados personales, empleo de dinamita, disparos y muertes. Por fin, el pan ha bajado y los obreros han vuelto al trabajo. Las impresiones de la Conferencia de Londres son pesimistas. Alemania pide una moratoria para el pago de las reparaciones. Francia se niega a concedérselo, y se teme la ruptura de las negociaciones entre ingleses y

franceses, cuyos diversos puntos de vista tratan de armonizar los belgas. En Irlanda, la situación sigue siendo la misma. Los rebeldes retroceden; pero incendian Cork antes de evacuarlo. En Italia continúa, aunque con menos intensidad, la lucha entre fascistas y comunistas. En Austria, la situación es cada día más desesperada, y en Alemania se teme que el bolchevismo se apodere del país.

**Un tifón en Hong Kong.** En esta región se desarrolló, el día 2 del corriente, un violento tifón que ha ocasionado 50.000 víctimas y destruido seis poblaciones. Hasta ahora van recogidos 28.000 cadáveres.

**Muerte de lord Northcliffe.** En la mañana del 14 de este mes ha muerto en Inglaterra lord Northcliffe, que, sin duda, podía considerarse como dueño de la prensa inglesa. De reportero de un diario deportivo llegó a ser fundador del *Daily Mail* y propietario del *Times* y de otros periódicos de importancia.

ICARO.

## INFORMACIÓN EVANGÉLICA

### Esta semana.

**Domingo 20.** — Cultos públicos, con predicación, en todas las Iglesias de Madrid, a las horas de costumbre.



### Bien venido.

En sustitución de D. Eurico Schugren, se ha encargado de la Misión bautista de Madrid D. Julio Nogal, que por largos años ha trabajado con éxito en Cuba y en España.

Nuestra bienvenida al nuevo pastor de la Iglesia bautista, y nuestros mejores deseos de éxito en su labor.



### Distinguido visitante.

Se encuentra entre nosotros nuestro querido amigo D. José Marcial Dorado, colaborador de esta Revista y agente de la Sociedad Bíblica Americana en Puerto Rico. A pesar de la brevedad de su estancia en ésta, hemos conseguido de él la promesa de que antes de su partida escribirá un artículo para ESPAÑA EVANGÉLICA, lo que anticipamos a nuestros lectores para que de antemano lo saboreen.

Se halla también en la capital, donde estará tan solo un par de días, el pastor de la Iglesia reformada de Málaga, Reverendo José Pimentel.

Sean bien venidos.



### Felicitación.

La damos, y muy sincera, a nuestro estimado colaborador D. Alejandro Campo,

por su documentado y valiente artículo sobre el problema religioso, publicado recientemente en el importante periódico *Vida Nueva*, y esperamos que no sea el último que dedique a defender los derechos de los evangélicos españoles.



### REGISTRO

**Fallecimientos.** — El 7 de los corrientes partió para estar con el Señor nuestra querida hermana Srta. Trinidad Llorens Suay, de veintidós años de edad, hija del antiguo miembro de esta Congregación, D. Atanasio Llorens.

Convertida al Señor desde su tierna edad, habíase conquistado las simpatías de todos los hermanos, tanto por su trato afable y cariñoso, como por su actividad y celo en la obra de Cristo.

El entierro se vió muy concurrido por hermanos de Valencia y de los pueblos vecinos, Burjasot y Paterno, y por gran número de amigos y conocidos, ajenos al Evangelio, que tuvieron ocasión de oír las Buenas Nuevas de salvación.

Reciba la familia de la finada nuestro más sentido pésame. — J. B.

— La Sociedad de Esfuerzo Cristiano de Barcelona (Diputación, 38) acaba de experimentar una gran pérdida, en la persona de su presidenta la Srta. Lola Carbonell.

Modelo de virtudes cristianas, al par que miembro entusiasta del Esfuerzo Cristiano, ha sido llamada a la presencia de Dios, a la edad de veintiséis años, en la noche del 6 de los corrientes. Querida y

respetada fué en vida por propios y extraños.

Del culto en la casa mortuoria se encargó el pastor de la iglesia de Málaga, señor D. José Pimentel.

Entre los que escuchaban sus hermosas palabras de exhortación cristiana, había numerosos amigos de la finada que salieron profundamente conmovidos del acto.

Plegue a Dios que los que tuvimos el privilegio de conocerla, podamos imitar sus virtudes y ser fieles a nuestra promesa, cual lo fué nuestra buena amiga, hasta la muerte.



### SECCION FINANCIERA.

**Asilo de Ancianos.** — Recaudado en Junio y Julio. Suma anterior: 3.207,88 pesetas. Iglesia de San Fernando: E. Tomás, 4; B. Gutiérrez, 4; F. Ortega, 2; José González, 2; A. Morales, 2. Iglesia de San Basilio, Sevilla: L. Velázquez, 1; E. Calamita, 4; M. Palomares, 2; F. Lagares, 2; J. Magariño, 1; C. Rodríguez, 1; J. Velázquez y familia, 3; J. Pérez, 2; A. González, 4; C. Díaz, 1. Iglesia de Granada: B. García, 10; L. Sánchez, 8. Iglesia de Cádiz (Enero a Junio): J. Romero, 9; F. López, 9; S. Amorós, 9; M. de Vargas, 6; J. Guerrero, 3; M. de Vargas Páez, 3; R. de Vargas, 3; C. de Vargas, 1,50; L. de Vargas, 1,50; M. Páez, 1,50; F. de Vargas, 1,50. Iglesia de la Santísima Trinidad, Sevilla: E. Mariblanca, 2; P. Gómez, 2; S. González, 2; J. Medina, 2; P. Parrilla, 2; M. Rodríguez, 3; A. Herrera, 4; M. González, 2; M. Perea, 1; C. Cruz, 3; E. Ringger, 4; F. Wood, 4; G. Sánchez, 1; L. Pérez, 0,50; L. Ortiz, 1; M. de Classen, 2; I. San Román, 2,50; M. Gómez, 0,50; M. G., 5; E. Chamorro, 1; E. Carreño, 4. Iglesia de Sanlúcar de Barrameda: C. Bautista, 12; R. Jiménez, 12; I. Hombre, 12. Suma y sigue: 3.393,38 pesetas. — Emilio Carreño Chamorro, Avenida Miraflores, 15 A, 2.º 4, Sevilla.



## Noticias del Extranjero.

**Francia.** — En este país el sentimiento religioso es cada día más vivo. El número de estudiantes de los seminarios católicos de Francia ha aumentado considerablemente después de la guerra, dándose ahora el caso de que el Seminario de París cuente con la matrícula mayor que jamás ha tenido en su historia.

Los varios seminarios protestantes tienen igualmente una matrícula mayor que nunca en el pasado. Esto es una indicación muy clara del avivamiento del interés por la religión entre el pueblo francés.

**Alemania.** — El doctor Heiler, eminente teólogo alemán de la iglesia católico-romana, autor de varios excelentes estudios sobre el misticismo budista y sobre la participación de Lutero en la Reforma del siglo XVI, acaba de ingresar en las filas del Protestantismo, desempeñando actualmente una cátedra en la Facultad de Teología de Marburgo.

**Yugo-Eslavia.** — Los 480.000 cristianos evangélicos en Yugo-Eslavia gestionan con ahínco su fusión en un solo cuerpo. A pesar de las innumerables persecuciones de que son objeto, los cristianos yugo-eslavos aumentan en número, y sus iglesias se llenan de concurrentes a los cultos.





(Continuación.)

Y dicho esto, se marchó a la calle. Así, madre e hija quedaron libres para comunicarse mutuamente sus impresiones y sus deseos y pensamientos. Cuando se levantó la vecina que había en la casa, que era una anciana viuda y sola en el mundo, y que vivía de las limosnas que recogía durante el día, les estuvo hablando de la conducta de *la Sacristana*, que no era, según ella, muy recomendable. A menudo recibía visitas de frailes y beatas; fumaba y bebía aguardiente. Así que la pobre María y su hija habían salido de Herodes para entrar en Pilatos.

Durante los primeros días, la esposa de Esteban pudo ver que lo que les decía la vieja Raimunda de su patrona Brígida no era verdad. Ésta pasaba los días ocupada en sus negocios, en los cuales ganaba bastante dinero; hacía muchas limosnas e iba mucho a las iglesias. En cambio, la vieja casi todas las noches volvía borracha a casa, recibía visitas de hombres y mujeres a los cuales «echaba las cartas» y hacía otras brujerías semejantes y arreglaba y desarreglaba matrimonios; pero a Brígida le pagaba cara y puntualmente el alquiler de su cuarto, y así la dejaba en libertad de vivir en sus vicios y malas costumbres.

Un día tuvo la mala idea de venir a insinuar a María que, siendo joven y bien parecida, podía hacer fortuna si seguía sus consejos; pero María la recriminó y le reprochó su proceder, y desde aquel día no volvió a verla ni quiso más trato con ella. Por el contrario, con su patrona *la Sacristana* tanto María como su hija llegaron a llevarse bien, y vivían algo más contentas, aunque siempre con el deseo de encontrar otro albergue, para lo cual salían de vez en cuando, dejando la casa cerrada.

Las ventajas que tenían en la casa, aunque no eran muy grandes, les servían de ayuda para poder vivir, pues *la Sacristana* les dejó desocupado «el cuarto de los trapos», donde pudieron colocar sus pocos muebles, no les cobraba nada por el alquiler y además les pasaba un modesto jornal, que bastaba a cubrir sus más perentorias necesidades.

A pesar de todo esto, María deseaba vivir en otra casa de mejores condiciones, dedicándose a su costura; así que cada vez que tenía tiempo para ello salía a buscar lo que deseaba.

Uno de los días que salió con tal objeto aconteció que regresó Brígida *la Sacristana* más temprano que de costumbre y acompañada de un mozo de cuerda, que le traía un enorme bulto de ropas y muebles usados; y al llegar a su casa y hallarla cerrada se disgustó tanto, que cuando volvieron María y su hija las reprendió muy severamente, y hasta llegó a amenazarlas en presencia de algunos vecinos de la calle que se habían reunido por curiosidad.

María abrió la puerta avergonzada y se metió con su hija en su cuarto, donde las dos lloraron en silencio, y se acostaron sin comer. A la mañana siguiente, Brígida *la Sacristana*, ya arrepentida de haberlas tratado con tanta dureza, se excusó como pudo delante de ellas, y hasta pidió perdón a María, prometiéndole no volver a tratarlas más como el día anterior; pero María calló y decidió buscar casa aquel mismo día, fuese donde fuese y en cualesquiera condiciones. Así que, apenas terminó las tareas cotidianas, salieron las dos a buscar.

Aquel día fué para las dos, madre e hija, de mayor desventura. Haría poco más de una hora que habían salido, cuando se presentó de improviso la anciana Raimunda, que venía en un estado bastante deplorable. Volvía con sus ropas destrozadas, su cara lo mismo y en completo estado de embriaguez, conducida por dos guardias, que la habían encontrado tendida en la calle, y, según ella misma decía, robada y maltratada. Al llegar a su puerta y verla cerrada, empezó a dar tan fuertes gritos y voces que en un momento se reunió alrededor de ella una multitud de curiosos que presenciaban con risotadas y bromas las cosas que se le ocurrían a la viejecita hechicera, como muchos la llamaban. Los que pasaban se quedaban parados mirando aquella lastimosa escena. Los guardias, ya desesperados por no poder hacer callar a la vieja ni evitar el escándalo que a cada momento aumentaba, y viendo al mismo tiempo que nadie venía para abrir la puerta de Brígida, acordaron quedarse uno al cuidado de la bruja, mientras que el otro iba por una orden del juez para abrir la puerta violentamente. Así lo hicieron después, y tras de encerrar a la vieja en su habitación, se llevaron la llave a la Comisaría hasta que fuese un interesado a recogerla. De aquella manera los curiosos se fueron retirando y se res-

tableció el orden por unos momentos. La vieja siguió gritando y haciendo esfuerzos para poder abrir la puerta de su habitación; pero viendo que no podía conseguirlo, se puso a fumar echada sobre su cama, hasta que, rendida y alcoholizada por completo, se quedó dormida.

A los pocos momentos los vecinos más cercanos notaron que por encima de la casa salía humo en abundancia. Algunos creyeron que la anciana estaría guisando algo para su cena; pero pronto pudieron convencerse de su equivocación, pues al par del humo salían llamas aterradoras. Entonces las voces de ¡fuego!, ¡fuego! se oyeron por todos lados. Algunos avisaron a la parroquia más cercana, mientras que otros avisaron al Servicio de bomberos; todos corrían de un lado para otro confusos y atemorizados ante aquel cuadro aterrador; no faltó quien diese parte del suceso en la Comisaría para que trajesen la llave de la casa, pero cuando acudieron unos y otros encontraron la casa invadida por las llamas y nadie se atrevía a penetrar dentro. Los bomberos sólo pudieron evitar que el fuego se extendiese a las casas inmediatas. De todas partes del pueblo acudía la gente en tropel, atraída por los tristes toques de campanas y las voces de ¡fuego! Cuando los demás vecinos de la casa llegaron no quedaban de ésta nada más que los muros.

Brígida *la Sacristana*, desesperada, increpaba a la pobre María y a su hija creyéndolas culpables del siniestro, mientras que éstas lloraban desconsoladamente al ver que se habían quedado en un momento sin hogar, sin ropas y sin los pocos muebles que poseían.

— ¡Oh, qué desgraciadas somos, hija mía! — decía María a su hija, abrazándola con desesperación —. ¿Qué será ahora de nosotras?

— ¡Pues más he perdido yo, desgraciadas! — decía Brígida —. Si no hubieseis salido de la casa, nada de esto hubiese sucedido; la culpa la he tenido yo con admitiros en mi casa. ¡Pobre casa mía! ¡La he perdido y he perdido todo lo que tenía para vivir! ¡Me he quedado arruinada!

Como hemos dicho, todo fué pasto de las llamas, y la infeliz Raimunda había muerto carbonizada, víctima de sus vicios.

La pobre María, ya desconsolada y triste, se retiró con su hija de aquel sitio y anduvieron un rato sin rumbo fijo, hasta que se vieron fuera del pueblo en un caserón vacío que servía de asilo a los pobres vagabundos que pasaban por el mismo.

(Se continuará.)

*El hombre que no piensa sino en vivir, no vive. — Sócrates.*

*El que desecha la religión, quita los fundamentos de la sociedad humana. — Platón.*



